

Populismo del siglo XXI

Desde su aparición en la década de los años 40, el populismo latinoamericano siempre fue considerado el enemigo “natural” de la izquierda, de todas las izquierdas. Los primeros intelectuales comunistas y socialistas se dieron modos para enfrentar un movimiento que los iba desplazando en la ardua tarea de conseguir el control y la dirección de la masa de excluidos de la política oligárquica. En un principio, la izquierda socialista concentró su acción y reflexión en el combate de líderes carismáticos, decididamente anticomunistas, bien provistos de ideas seductoras y promesas sobredimensionadas, con capacidad para la manipulación de las expectativas y sueños de una masa disponible, compuesta básicamente por los recién llegados a las grandes ciudades latinoamericanas. Por un buen tiempo se vivió en el convencimiento de que el fenómeno populista era provisional y transitorio, propio de sociedades tradicionales que difícilmente se iban incorporando a la naciente modernidad. Y es que aquello que se presentaba a la observación como algo nuevo en la relación entre las élites dominantes y la masa de gobernados planteaba no pocas interrogantes, casi siempre vinculadas con el surgimiento e instauración de poderes tan personalizados como voluntaristas que, a diferencia del caudillismo tradicional, venían dotados de una fuerte identificación con lo que desde entonces se dio en llamar “sentimiento nacional”. En un primer momento, los investigadores del fenómeno, particularmente europeos y norteamericanos, lo abordaron como si se tratara de un fenómeno “genuinamente latinoamericano”. Y, hasta para algunos de nosotros, el populismo y el militarismo constituían dos especies del mismo género: el autoritarismo, en la medida en que comportaban ingredientes netamente autocráticos y antidemocráticos. En tal sentido, no deja de ser axiomático el hecho de que en la caída de los populismos del siglo XX siempre aparece la bota militarista, a tal punto que los golpes militares siempre se dieron contra regímenes populistas -los pronunciamientos militares se justificaban como respuestas “normales” a una extendida demanda democrática-. Pensemos en las caídas de Perón y el peronismo en Argentina;

El politólogo Alfredo Ramos Jiménez, profesor de la Universidad de Los Andes, hace una prospectiva de los gobiernos de la región a partir de la experiencia del siglo pasado. “Este socialismo del siglo XXI que se nos propone, queda al descubierto como el pariente cercano más conocido del viejo populismo, que ha sido identificado en la historia latinoamericana del siglo XX como la fuente de grandes frustraciones y retraso social”, afirma el autor

■ Alfredo Ramos Jiménez

de Getulio Vargas y su Estado Novo en Brasil; de Velasco Ibarra en Ecuador; de Belaúnde Terry en Perú y, en fin, de Arnulfo Arias y el panameñismo en Panamá. De aquí que se haya destacado el hecho de que en todas partes en nuestro continente las experiencias populistas formaban la etapa previa, premonitoria en más de un sentido, del golpismo y la represión militaristas.

Ahora bien, la definición del populismo de nuestros días -destacado por algunos como “un fenómeno siempre actual”- sigue siendo un reto para la sociología y politología latinoamericanas. El fujimorismo peruano, como el chavismo en el país, deben considerarse -hasta nuevo aviso- como las dos versiones, renovadas, del tradicional populismo. Pensando en los populismos de nuevo cuño, el politólogo boliviano René Mayorga fue el primero en proponer la expresión neopopulismo, vinculando el fenómeno con el crecimiento vertiginoso de la antipolítica en todos nuestros países en la última década del pasado siglo. De modo tal que la crítica del “populismo realmente existente”, particularmente en los años 90, se planteó siempre desde posiciones democráticas, un tanto a la defensiva, excluyendo por principio el muy conocido léxico de la izquierda socialista, más inclinada esta última hacia las conocidas fórmulas integristas o “revolucionarias”.

En la teoría y en la práctica, el populismo de los 90, también identificado como neopopulismo, ha representado para no pocos observadores el resultado lógico de la exacerbación del carácter popular en la etapa de la incipiente democratización

de la política latinoamericana. Y precisamente en ese sentido comenzó a demarcarse de las posiciones democráticas de los principales actores, impulsando en la población reflejos antipolíticos, dentro de un extendido sentimiento de desencanto democrático y de rechazo de toda “forma partidista de hacer política”. En el caso de los países andinos, caracterizados por la presencia de electorados fuertemente volátiles, los líderes neopopulistas se fueron imponiendo como los campeones de la antipolítica y, en cuanto tales, pasaron a convertirse en los primeros portadores de una suerte de superoferta que, en la oposición y en el gobierno, se tradujo en el bloqueo de instituciones clave para el funcionamiento del Estado democrático, por una parte, y en la promoción hacia los puestos de dirección política de un personal esotérico y extravagante, por otra. Su principal enemigo dejó de ser la oligarquía, como en el pasado, y enfiló sus baterías contra todas aquellas instituciones que se interponían en su camino hacia la concentración personal del mayor poder: los partidos, la Fuerza Armada, los medios de comunicación, la universidad.

Asimismo, el liderazgo neopopulista en nuestros países desarrolló una política de sobreutilización de los medios, específicamente la televisión, para llegar con su imagen y discurso hasta “donde nadie podía llegar”, dando vida y canalizando aquello que recientemente ha sido tratado como la forma privilegiada de la videopolítica o política-espectáculo. De aquí que el líder populista de estos tiempos -entiéndase bien, tanto en Europa como en nuestros países- se presenta como el “gran co-

municador”, como el hábil manipulador, real y simbólico, de las aspiraciones y expectativas del pueblo movilizado por una causa común. Y en la medida en que una democracia de opinión que se ha construido se va sobreponiendo a la democracia de partidos, el líder neopopulista se presenta más preocupado por “dejarse ver más que entender” por un público que él considera cautivo. Fujimori en Perú y Chávez en Venezuela -el parecido es innegablemente de familia- contaron con los medios para “conquistar” electorados abandonados por un partidismo degradado en los dos países y, si bien se apoyaron en “partidos”, rápidamente constituidos para la ocasión (Cambio 90 y MVR, respectivamente), éstos sólo servirían para alimentar la demagogia del líder mesiánico, asegurándole una necesaria apariencia democrática que esconda el virus autoritario del que siempre han sido portadores.

Todo dentro de una política de transición hacia lo que el extremista neonazi argentino Norberto Ceresole, asesor de la primera hora chavista, llamaría “posdemocracia”. No nos extraña entonces el hecho de que tanto el peruano como el venezolano hayan apelado, cada uno a su tiempo, a la conocida fórmula de la democracia participativa, destinada a sustituir a la democracia representativa. Fórmula que paradójicamente han esgrimido unos cuantos dictadores, en una larga lista que incluye a Pinochet. Hoy en día, dicha fórmula ha sido recogida y popularizada por Evo Morales en Bolivia y Ollanta Humala en Perú en las campañas electorales recientes. Admitamos que la cuestión reviste la mayor importancia para nosotros los venezolanos en estos días. Y es que el fervor populista de una cierta “izquierda”, que llega con retraso a la política democrática en el país, ha tratado de escamotear un debate necesario para arreglar cuentas con aquellas soluciones políticas obsoletas, que se nos presentan actualmente con la forma de “propuestas innovadoras” y progresistas. Ello no sería importante si no fuera por el hecho de que en una buena parte de la literatura populista el fenómeno ya había sido asumido y defendido, cuando no condenado, como “el socialismo de los países pobres”.

No deja de ser paradójico -si no sintomático de una patología social- el hecho de que asistamos hoy en día en el país a una suerte de recuperación izquierdizante del populismo tradicional. Así, envuelto en el ropaje de un indefinido “nuevo socialismo”, se ha pretendido cobijar la ilusión populista bajo la muy vaga promesa de una nueva sociedad. Y no han faltado quienes, ante la ausencia de un ideólogo o teórico de fuste, rápidamente se han ofrecido y presentado como los portadores del

“

En todo caso, se trata de un mezcote, que confunde en el mismo espacio el ingrediente fascistoide del militarismo de Perón, particularmente su propensión a la arbitrariedad o a lo que en nuestros días se presenta como una neta legitimación de la ilegalidad, por una parte, y el voluntarismo obsesivo y sin mañana del segundo guevarismo, el mismo que ya en los años 60 rompiera sus ataduras con la dictadura de Fidel

”

así autoproclamado “socialismo del siglo XXI”.

En textos recientemente publicados, la psicóloga chilena Martha Harnegger y el activista alemán Heinz Dieterich se han propuesto, al parecer sin beneficio de inventario, vender al mundo una curiosa versión o lectura del así llamado “fenómeno Chávez”. Inicialmente su propuesta llenaba ciertamente una laguna en la pobreza intelectual del chavismo. Y, desde la cómoda posición que asigna la exposición reduccionista y simplista de un discurso dirigido a un público masivo y no preparado, los dos profesores se han dado a la tarea de traducir la experiencia chavista de los últimos siete años como la versión corregida y actualizada de lo que entienden como el “proyecto histórico de Marx”. Se desconoce -si alguien lo puede saber- hasta qué punto la señora Harnegger sigue o aplica las lecciones de su muy leído manual, desautorizado hace cierto tiempo por su maestro francés, el mismísimo Louis Althusser. En el caso de Dieterich, la cuestión se presenta más sofisticada, puesto que se propone en unas pocas páginas nada menos que la formulación “racional-crítica o científica, estética, ética y cotidiana” de lo que, según él, constituye la convergencia actual de los “dos socialismos, cristiano y científico”, todo dentro de lo que a este autor se le ocurre, “sociedad poscapitalista” (Hugo Chávez y el socialismo del siglo XXI, p. 17). Todo parece

indicar que los espíritus más avisados en el país no parecen haber reparado en las implicaciones prácticas de esta impostura que, se nos advierte, sirve de base a lo que el profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana de México entiende como el “nuevo proyecto histórico de Hugo Chávez”: “La larga noche de la teoría revolucionaria antiburguesa -se lee en el texto de Dieterich- duró tres lustros hasta que el revolucionario Hugo Chávez la rehabilitó públicamente y le devolvió su estatus emancipador, no sólo en defensa de la humanidad, sino en pro de su liberación definitiva. Es en este sentido que se justifica la frase, ‘la revolución mundial pasa por Hugo Chávez’ (p. 29).

Ni más ni menos. El discurso presidencial de las últimas cumbres de jefes de Estado revela que el teniente coronel sí tiene quien le escriba. Si bien es cierto que estas elucubraciones dietericheanas no encajan en modo alguno en la tesis socialista de las “dos izquierdas” de Teodoro Petkoff, ni en la posmoderna de las “dos derechas” de Rigoberto Lanz, éstas cumplen una función integradora innegable en la relación del líder del “proceso” con sus seguidores más incondicionales. Ahora bien, el viaje a las fuentes político-ideológicas del liderazgo personalista de Chávez apunta en la dirección de una combinación probable entre la herencia de Perón y el Che Guevara y, por lo mismo, corresponde a un imaginario social y político que nada tiene que ver con el socialismo. En todo caso, se trata de un mezcote, que confunde en el mismo espacio el ingrediente fascistoide del militarismo de Perón, particularmente su propensión a la arbitrariedad o a lo que en nuestros días se presenta como una neta legitimación de la ilegalidad, por una parte, y el voluntarismo obsesivo y sin mañana del segundo guevarismo, el mismo que ya en los años 60 rompiera sus ataduras con la dictadura de Fidel, por otra. Y es que este “socialismo del siglo XXI” que se nos propone queda al descubierto como el pariente cercano más conocido del viejo populismo, el mismo que ha sido identificado en la historia latinoamericana del siglo XX como la fuente de grandes frustraciones y retraso social. Y puesto que se trata de un populismo más, responde en sus principales manifestaciones, asistencialistas y plebiscitarias, a un genuino populismo del siglo XXI, que va tomando cuerpo en la política venezolana y latinoamericana de estos días.